1
233756

ASAURA PA'L



BIBLIOTECA
MADRID

10 cénts.

1
233756

47/150 5080

Asaúra pa 'l catre

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

—¿Con que nos veremos en la Concha?

—Cómo no, marqués... ¿Se empeña usted del todo?

—Pero del todo enteramente...

—¿Por mis lindos ojos sólo?

—Los ojos esos me tenían ya sorbido el seso allá por la época de la irrupción de los isidros en Madrid.

—¡Jesús! Y estamos en plena canícula...

—Bueno, pues, con el diablo de sus ojos me empeñé yo parte de un coto de caza que poseo cerca de Cádiz...

—¡Qué atroz! Siga...

—Sigo... Mas no me amagues más con tu deliciosa nalga en mi muslo, porque me estoy poniendo la sangre al rojo vivo...

—Siga, querido.

—¡Si... i ... higo. Un higo se me da a mí de lo que te cuento, con tal de que no me falte tu contacto.

R. 3224208

—¡Vaya gracia!

—Y de ese escote ¿que hay que ponderar? Si por pasarme yo un día entero oteándote y hartándome de hociquear unas miajas en él fuera yo capaz...

—¿De qué? de empeñar otro cazadero?

A todo esto, como el diálogo tenía lugar en el interior de un auto particular y propio del calaverón Marqués Demetrio; éste, con inmensa complacencia observó que su compañera se le había instalado sobre, o mejor, entre sus piernas, como la sosa más natural del mundo, con lo que quedaron en íntimo contacto la riquísima «plataforma» posterior y los no menos suculentos muslos enervadores de la prójima con su individuo, por lo que entonaba íntimo hosana a la diosa de la dicha carnal.

—Pero... si... go—seguía diciendo el marqués, aparentando serenidad, ante la peligrosa postura en que se hallaban ambos... peligrosa para poder explicarse al menos con gracejo y sin desbarrar...

—¿Te incomodo, marquesín? — decía ella, segura de ser desmentida.

—¡Oh! ¡Al revés!...

—¿Qué? ¿Quiere usted?...

—¡Tutéame, cariño mío!

—Te tute...

—No... *Tute*, no lo he cantado todavía, pero... no es por falta de triunfo.

—¡Pillín!... Ya observo, ya, que estás bien de triunfos ¿Y yo? ¡Eh! ¿Que tal encuentras mi baraja?...

—El as de oros es tuyo, no te lo niego. ¿Me permites que me cerciore, monería?

—Cerciórate—musita la aludida, repantigándose.

¡Ahí le tienes!

—Pero ahora el «dos de oros» busca un triunfo.

—¿El mío o el tuyo?

—¡Los dos a la vez, ca... cho... de me... merengue!

—¡Acaba ya, niño, demandaba la Perlita con ansioso acento.

—¿Pero qué he de acabar, si la trepidación del coche no me deja ni cojer un naipe?...

Riéronse ambos. Aquello no era más que una salida del prócer, a fin de no «ganarle a ella el juego», hasta que las circunsiancias lo permitieran.

Y resultó mucho mejor así; puesto que por una parte Demetrio era un sibarita, un refinado, en cuestiones amorosas; y trataba, no de «echarla un tute» solamente a su preciosa amante, sino de echarle tantos como le viniera en gana, en cuanto llega-

ran a su hotelito de la Guindalera.

II

En un breve alto que a causa de una distracción del chofer, tuvo que realizar el auto, cruzóse este en la carretera con un tipo estrafalario por su porte y vestimenta aunque no mal parecido del todo, el cual sujeto quedóse como quién vé visiones, al observar la amartelada pareja que ocupaba el vehículo.

—¡Anda la vértiga!... Si es la «Perlita» con un pipí.,. ¡Toma! Pa mí que ya s' han caido ambos a dos, como a mí se me atufen las narices, que si se m' atufarán!...

Después de emitir tan ameno comentario el tipo de marras terció su roten bajo el brazo y emprendió una filosófica marcha hacia el interior de la capital.

Ya comprenderéis, por lo transcrito, que tratábase de alguno que le tocaba muy de cerca a la Perlita, la deliciosa compañera de excursión del marqués Demetrio.

Tula Ponzano, (a) Perlita, figuranta de revistas y operetas en cafés de segundo y tercer orden, había caído incidentalmente bajo el radio de acción del petulante chu-

lapón de marras, conocido por Policarpo Rozalejo, o mejor el Mascahuesos por que se jactaba de poseer una dentadura capaz de arrancarle los huesos del cráneo (son palabras suyas) al que se le pusiera por delante.

—T' he repetío más d' un centenar de veces que me la estas dando con *gruyère* con algún *aristo* de esos que tanto apestan por los *cabareses*, o por los teatros...

—¡Figuraciones tuyas! ¡Ah! — (¡Trás! Moquete de cuello vuelto).

—¡Animal!

—No adjetives, que está feo y suelta la mosca que es tarde.

—Hoy no puede ser. Mañana.

—¡Mañana!.,.—dice él, escupiendo por un colmillo—¡Mañana! Será ya tarde *asaura pa 'l catre!* —añade rempujando a la linda moza de un modo atróz conforme con los procedimientos chulapos.

—¿Tarde? ¿Tanta falta te hacen mis monedas?...

—Ni tus monedas, ni tus monadas... m' aprovechan a mí ni pa picadura del estanco—que ya es un colmo pa la Tabacalera..

—¿Pero no te gusto ya?—repetía ella afligida y temiendo otra paliza como la del día anterior.

—¡No es por ahí!... T' arguyo, al res-

petive de que mañana, ese «mañana» FASTÍDICO, será tarde... puesto que ya le habré mascao los huesos del cráneo de la cabeza a tu cómplice, o quién sea que ose—¿oyes bien? hablo en términos finales, inclusive—que ose, u séase que se permita poner un ojo tan siquiera sobre tus encantos *venusínicos* y tal ¡Dicho!

Para reforzar aquel «¡dicho!», aplicóle el valiente otro mamporro de los de alivio a la infeliz Tula.

—¡Bien, bien!... ¡Ten! Ahí van dos machacantes...

—¡Suelta! Suelta el *loben*, que al fin... no hay una que me se resista. Ella soltó la *luz*; con lo que se quedó casi a oscuras... al menos su monedero, salvo dos o tres papeletas del monte de Piedad que el imperturbable *Mascahuesos* la había hecho la dignación de devolverla... por que no se las había podido colocar a nadie.

Esta edificante escena, tenía lugar en el propio domicilio de la cuitada Tula, la que en realidad, no las tenía todas consigo, sabiendo de antemano la clase de sujeto que era su chulapón y de lo que era capaz.

—Ahora, tengo un capricho — apuntó imperturbable el perinclito *Mascahuesos*, sentándose en un incómodo sofá, viejo de

rejilla.

Por cierto que al recorrer con su mano el asiento del mueble metida enterita por una abertura, a consecuencia de lo gastado de la rejilla. ¡Asaura pa 'l catre!...

Tulita, apocada y sin atreverse a contrariarle se aproximó al sofá, ocupado por el imbécil chulo.

—¿Has dicho capricho?

—¡Capricho, la chipén!

—¿No te bastan las diez plumas? ¡Mañana!—(Iba a levantarse al decir eso).

—¡Eh!... M' irritas el sistema con esa palabreja *ansurda*, si las hay!...

Sin añadir palabra, cogióla en brazos—pues forzudo si lo era—y rápido, como un salvaje tiró de cualquier modo el regordete cuerpo de Tula sobre la cama.

En menos que canta un gallo la despojó por sí mismo del peinador y demás prendas inútiles.,,

—Ahora es cuando aquí va a haber «asaura pa 'l catre».

Con esto—ante el silencio obstinado de ella, cosa que no importaba poco ni mucho por lo visto al sátiro aquél—principió sobre la blanca superficie de raso de Tula un recorrido de ruidosos y rudos besos, intercalados de mordiscos y otras barbaridades, que a poco, dejaron a la niña hecha

una pura jalea.

—¡Chico, hijo... que me haces daño!

—¡Ahora es cuando va mejor!...—Y seguía pellizcándola, aplicándola fuertes manotadas en los muslos, en el busto, en la espalda.

—¡Me vas a hacer llorar!... Espera que todo ven... vendrá!—replicaba la nena medio loca de terror.

—¡Tu llorar y yo reirme! Esa es la vida... ¿No ves que ese era uno de mis caprichos, so nitida?... Vuelvete boca arriba ahora, o te tiro de los pelos...

Tula obedeció casi instantáneamente.

—¿Ves? Total que me dés un mechón.. u dos si se tercia, so papa!

—¿De donde?

—¡D' aonde va a ser... Te daba así! Del moño... o de donde yo te pida!

—No alces la voz que pueden oir los vecinos...

—Alzo la voz y lo demás que me sale de los pulmones... Y tu a achantar y a obedecer... Abrete.

Cuando más atareado estaba en su lúbrica tarea, unos golpecillos en la puerta del piso vinieron a interrumpirle.

—No estamos en casa—musitó el chulo.

—Oye, han llamado... Para, hijo... Déjame ya tranquila.



Repitióse la llamada.

—¡Vaya un impertinente!... ¿Quien va?...

—¡Uno que viene y va!

—No conozco esa voz—dijo ella intrigada. ¿Abrimos?

—¡En canal, quisiera yo!... Voy a abrir... ¡Hola! Un criao con gorra de plato y too... ¡Repoño... ¡Asaúra pa l' catre!

—¡El «asaúra» serás tú, so tío guarro! —replica con energía el visitante, un elegante groom, que penetra decidido.—¿Está doña Tutila?

—Está y no está.

—No va nada contigo, Mascahuesos... ¡Sí, eres Mascahuesos! ¡Maldito de cocer! ¡Y yo que no te había conocido!... ¿Y qué? ¿Os entreteníais ambos a dos, ¿no?... ¡Vaya, bueno! ¡Vaya bueno! Pero escápate, si quietes creerme; porque si te atrapa aquí mi amo...

—¡Tu amo!... ¡Je, je, je! Me río yo de los percebes con título de Castilla. ¡Je, je, je!...

Acabar de soltar esa andanada y sentirse el chulo en ambos carrillos dos manguzadas de las de aguanta y tente tieso, fué cosa que ni la rapidez de un rayo.

A seguido los puntapiés que le aplicaba el mismo dueño de la mano—el Marqués Demetrio, que a la cuenta venía a dos pasos del groom, menudearon en sus asentaderas con equidad y aseo, ¡vamos!, como si aquella bota y aquellas asentaderas estuvieran familiarizados de antiguo. El chulo, cobardón y temeroso de suyo, salió por pics, no sin echar espumarajos de rabia; mientras, entre la risa de amo y criado y el asombro de la linda Tula, repetía con voz mal segura:

—¡Maldita sea!... ¡Nos veremos las caritas! ¡Vaya si nos las veremos!

III

Aquel viaje de los felices tórtolos hacia la costa vasca, resultó amenísimo, aunque sin incidentes dignos de mención.

La «Perlita», que iba contratada a uno de los salones de moda de Santander, propuso al marqués Demetrio la acompañara.

—¡Sí, quiero—había asentido él, gozoso; tanto para gozar de las brisas, como para despistar a ese chulón asqueroso que tanto te ha estado importunando.

Llegaron a un hotel en la playa del Sardinero.

Instalados ya, celebraron con un mag-

no revolcón su llegada.

Por la tarde decidieron tomar un baño de ola.

Todo el mundo admiraba la gracia ingénita de ella; y los hombres, veraneantes o propios del país, envidiaban al aristócrata su suerte de poseer los favores de tan exquisito bocado.

Por la noche el debut de Perlita en el Salón Pradera.

Su danza egipcia produjo sensación; los panaderos subsiguientes resultaron coreados con olés, palmas y alguno que otro sombrero de paja al escenario.

Pero la rumba que se marcó (como número de fuerza) la dislocante chiquilla, aquella rumba pasó en el music-hall como la número uno de cuantas allí habían actuado.

Aquel meneo de caderamen sugestivo; la fuerza lujuriante desprendida de todos los relieves y anfractuosidades de la primorosa escultura, impusiéronse desde luego y el público chillaba de gusto y hubieran pedido que se nombrara a la Perlita hija adoptiva de la población, por lo menos, en vista de tan rotundo éxito.

Al marqués Demetrio se le caía la baba.

—¿No vamos al Sardinero?

—¡Cómo no, querida!

—Es que creo hay un baile lujoso y siento curiosidad.

—¿Piensas bailar en el Casino?

—¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!... Contigo...

—¿Conmigo? ¡Estas fresca!... Si ya no sé si me acuerdo...

—¡Yo lo mando y basta!

El Casino del Sardinero, estaba como un ascua de oro; frase consagrada por revisterillos de salón... ¡Vaya!, que daba gusto ver el magnífico salón, con sus centenares de bellezas femeninas y sus numerosísimas elegancias de uno y otro sexo.

La «rumbista de moda»—Tal la llamaban, desde luego a Tulita,—oprimióse contra el cuerpo del prócer y hacíale sentir el prestigio cálido, irresistible de sus muslos rollizos y llenos de suaves palpitaciones que repercutían en los parajes peligrosos de Demetrio, con inefable preponderancia...

—¡Nena... nena!

—¿Me sientes?

—Y te absorbo; te estoy moldeando con mi cuerpo todo, bacante túrgida!

—¡Ay! ¡Qué bueno es el baile!... Después de aquellos ratos del Salón Pradera!

—Allí, triunfos para el público... Acá,

¡para mí solito!... ¡Te adoro!

***

De nuevo estaban en el líquido elemento los dos amarteladísimos. El mar, con sus deliciosos vaivenes, mecía aquel verdadero idilio, que podríamos llamar acuático-erótico-rumbesco.

—Lánzate tu la primera. Yo te seguiré a nado y te alcanzaré, cuando a mí se me antoje.

—¿Sí?... Eso lo veremos... ¡A las tres!

Al pronunciar la clásica palabreja, dió una voltereta Lulú y precipitose al mar desde una altura de unos seis o siete metros.

—¡Serás tan buena nadadora como excelente rumbista?

—¡Así parece!...—contestó ella, ya braceando entre las deliciosas olas,

—¡Cielo! ¡Cielín!... que me fatigo! ¡No seas tan dura conmigo!

Ella, en vez de dejarse cojer, preferia echar agua al rostro de su amante, con las manos.

Pasaron así dos minutos.

—¡Has perdido, pichón!

—Sí... pero he gando en la pérdida... Porque ya eres mía.

—¡Toma!... Ya lo fuí antes... ¡Vas a empalagarte!

—¿Serías capaz de marcarte tu rumbita encima de aquella roca?

—Porque eres tan rumboso y tan castizo, me marco yo aunque sea la danza del oso...

A todo esto iban tocando ya a la arena de la playa, solitaria y quieta en aquellos parajes.

—¡Del oso!... y del madroño, ¿no?

Pero al poner los dos amantes su planta sobre los acantilados de la playa, echaron de ver que una sombra—no se olvide que estábamos ya a la hora del crepúsculo—deslizábase tras los recodos de las rocas.

—¡Aquí estamos todos!—dijo con voz tronante el imprevisto personaje.

—¡Mascahuesos!...

—¡Servidorito!... ¡Ahora me las vais a pagar todas juntas... ¡Ansiosos! ¡Granujas!...

Lulú perdió el color; púsose a temblar y miró ansiosa al marqués Demetrio, buscando amparo en él.

El Marqués, ya harto de tanta fanfarronada, omitió cualquiera otra palabra inútil. Echóse encima del chulo maleante.

En menos que se cuenta, el pobre chulo fué precipitado al mar.

***

—¿Ves, nenita? Así lo arreglo yo con los chulos de oficio. ¡Chulillos a mí!

—¡Demetrio!... ¡Eres delicioso! ¡Ven a mis brazos!

—No se ha perdido nada... ¡Olé! Te vas a marcar aquí en nuestra alcoba misma, para mí sólo, tu rumba, Perlita adorada.

Por toda contestación, ella, púsose a canturrear el baile pedido... Luego movía su vientre y sus nalgas, de ritmo maravilloso, con un garbo verdaderamente épico e irresistible.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física. Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.—Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido.—¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.—Cuatro gotas. Acaparadora de besos.—Toma y daca.—Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor.—Sangresita serrana.—Dame tu aliento.—La rendija deliciosa.—Cabecitas locas.—El muslo tentador.—Asaura pa'l catre.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires